

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**DOS GRANDES HÉROES
ELCANO Y BLAS DE LEZO**

S. MILLÁN – 2022

ÍNDICE GENERAL

PRIMERA PARTE: LA PRIMERA VUELTA AL MUNDO

El gran proyecto.
preparativos. El viaje.
Brasil y Argentina.
Desertores.
Estrecho de Magallanes.
El escorbuto.
Isla de Guam.
Filipinas.
Evangelización.
Muerte de Magallanes.
La traición.
Secuestro.
Cambio de capitán general.
Las Molucas.
Elcano jefe de la nao Victoria.
El hambre.
Atravesando el Índico.
Cabo Verde.
La llegada.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

SEGUNDA PARTE: UN HÉROE MEDIOHOMBRE

INTRODUCCIÓN

Algunos datos de su vida.
Defensa de Cartagena de Indias.
La victoria.
Consecuencias.

BIBLIOGRAFÍA

NO TE RINDAS

PRIMERA PARTE

LA PRIMERA VUELTA AL MUNDO

EL GRAN PROYECTO

La historia de la primera vuelta al mundo es una historia a la vez triste y fascinante. Aquellos 247 hombres que comenzaron la odisea de encontrar una nueva ruta por el oeste hacia las islas de las especias o Molucas, no tenían ni la más mínima intención de dar la vuelta al mundo. Magallanes, el jefe de la expedición, solo quería encontrar la ruta del oeste, que la encontró en el llamado hoy Estrecho de Magallanes y, a la vez, consiguió llegar a pasar el océano Pacífico. Lamentablemente, lo mataron en la isla filipina de Mactán y sus sucesores en el mando pudieron llegar a las Molucas y traer un buen cargamento de especias.

Quizás hoy nos resulte difícil comprender que unas simples especias como la pimienta, la canela, el clavo o la nuez moscada fueran tan codiciadas en tiempos pasados que llegaron a constituir un motor para la humanidad, ya desde la antigüedad. Las especias se cultivaban solamente en Asia y algunas de ellas únicamente en unas islas lejanas y envueltas en un halo de leyenda, llamadas de la Especiería, como las Molucas. Algunas especias servían para condimentar alimentos, algo muy importante cuando se carecía de medios de conservación adecuados, porque mitigaban el mal sabor; otras veces eran empleadas como perfume o con fines medicinales.

La caída de Constantinopla en 1453 obstaculizó las rutas comerciales a través de Asia, lo que provocó un aumento espectacular del precio de las especias, dada su mayor escasez.

En 1494 se firmó el Tratado de Tordesillas entre España y Portugal en el que, sin contar con los demás países, se repartieron el mundo, la mitad para cada uno. España debía explorar y conquistar la parte occidental, incluyendo América, y Portugal la parte oriental en la que se incluía África, la India y las islas de las Molucas, que eran las verdaderas islas de la Especiería.

Fernando Magallanes había participado en la expedición de Diego Lopes Sequeira que llegó a Malaca, en la actual Malasia, en 1511. A fines de este año partió otra expedición portuguesa en la que iba Francisco Serrano, quien escribió una carta a Magallanes, diciéndole que, si quería hacerse rico, fuera a las Molucas; y le indicaba la ubicación de dichas islas. En 1513 Magallanes participó en una campaña militar en Azamor, en la actual Marruecos, donde fue

herido en una pierna, lo que le dejó una cojera para toda la vida. Quiso que el rey Manuel I de Portugal le subiera su pensión, pero sintió el rechazo del rey. Este agravio no lo pudo asumir. Y pidió permiso para ir a servir a otro rey, a lo que su rey le dijo que hiciera lo que quisiera.

De hecho, Magallanes se fue a Sevilla y ofreció al rey Carlos I de España (que después sería también Carlos V emperador de Alemania) la organización de una expedición a las islas de las especias, navegando por el Oeste, fuera de la jurisdicción de los portugueses. En ningún momento se habló ni se pensó en dar la vuelta al mundo. Las Molucas eran el fin de la expedición para comprar especias y traerlas a Europa.

En Sevilla encontró a Diego Barbosa, portugués, y se casó con su hija Beatriz con la que tuvo un hijo, Rodrigo, y esperaba otro cuando partió en la expedición. Magallanes se presentó ante el rey con Ruy Faleiro para presentarle su proyecto de formar la *Armada de la Especiería* con la intención de ir por el occidente a esas islas, considerándolas parte de España. El proyecto fue acogido con entusiasmo. El rey nombró a ambos como los jefes máximos de la expedición. Al saberlo el rey Manuel I de Portugal, trató de evitar el proyecto por medio de su embajador en Castilla, Álvaro de Costa, quien les ofreció mercedes para que volvieran a Portugal, e incluso, según algunos autores, ordenando el asesinato de Magallanes, pues parece seguro que algunos se lo aconsejaron y Magallanes sufrió un atentado que casi le cuesta la vida.

El rey Carlos los nombró a ambos comendadores de la Orden de Santiago, lo que equivalía a convertirlos en nobles. Se compraron cinco naos para esta misión: La Trinidad (nao capitana), la Concepción, la Victoria, la Santiago y la San Antonio. Pero antes de partir, el rey, bien aconsejado, retiró su nombramiento a Faleiro, quien no fue en la expedición. Faleiro era un hombre irascible y terriblemente violento y exigía que el mando de la Armada fuera compartido con Magallanes, a lo que este se negó. En alta mar podía ser como un barril de pólvora a punto de estallar. El rey estuvo preocupado de que dos portugueses tuvieran el mando de toda la expedición. Faleiro recibió muy mal su destitución al poner en su lugar a Juan de Cartagena. Con sus facultades mermadas no quiso ir en la expedición. Regresó a Portugal, donde fue apresado y, a instancias del rey español, consiguió la libertad, pero murió poco después.

Fue nombrado Juan de Cartagena como veedor real, es decir, los ojos del rey, la persona en quien el rey depositaba su máxima confianza para que velara por el cumplimiento de sus órdenes y también como capitán de la Armada de la Especiería *en conjunta persona con Magallanes*. Esto creaba una bicefalia, que no resultó buena decisión.

Juan Sebastián Elcano fue nombrado maestro de la nao Concepción. Tenía 32 años y era el encargado del gobierno del barco y jefe de los marineros, como marino experimentado, ayudado por el contra maestre. Elcano había tenido su propio barco, que le dejó su padre al morir ahogado en el mar. Sirvió al rey español en las campañas de África e Italia, pero los impagos de la Corona hicieron que pidiera préstamos a unos saboyanos y, para pagar la deuda, se vio forzado a vender su barco, estando prohibido vender naves a extranjeros. A su vuelta, el emperador Carlos V le perdonó expresamente este delito de la venta de su nave a extranjeros tras la petición de Elcano. Nunca se casó, pero tuvo dos hijos. Uno, llamado Domingo, lo tenía ya antes de zarpar con María Hernández de Hernialde. Tras su vuelta tuvo una hija con María Vidaurreta de Valladolid.

El relato de las aventuras de los expedicionarios nos muestra los grandes sufrimientos que debieron pasar para conseguir víveres, los muchos que murieron de escorbuto por falta de alimentos frescos, además de la muerte de Magallanes y otros siete en combate y de otros 26, a quienes tendieron una trampa al invitarlos a una comida, en la que fueron masacrados sin compasión. Los supervivientes relatan sus problemas con las cinco naves. La Santiago se perdió al quedar inservible por chocar con rocas de la orilla. La San Antonio desertó y regresó con sus 54 tripulantes a la península. La Concepción tuvieron que quemarla por no tener suficientes tripulantes para manejar adecuadamente las tres naves que quedaban. Y para empeorar las cosas, cuando ya estaban listas para el regreso desde Filipinas las dos naves que quedaban, la Trinidad empezó a hacer agua y no podía navegar. Tuvieron que dejarla para repararla, lo que llevó cuatro meses.

Por eso, quedaba solamente disponible la nao Victoria, cuyo capitán era Elcano y fue quien contra del parecer de muchos de sus tripulantes, decidió ir a casa, no hacia el oriente, por donde habían venido, sino por el oeste, dando la vuelta a África. El paso por el océano Indico fue lamentable. Tenían que evitar encontrarse con navíos portugueses, que los podían apresar, pero también sufrieron mucho por causa de la falta de alimentos sin encontrar islas apropiadas para el desembarco. Y, a pesar de algunas graves tormentas que dañaron seriamente el mástil y la verga, pudieron regresar los 18 sobrevivientes, después de haber dado la vuelta al mundo.

Realmente fue una hazaña digna de grandes hombres, que no estaba prevista al principio del viaje, pero que se consiguió por la decisión y energía de Juan Sebastián Elcano, dando así confirmación de que la Tierra era redonda y que se podía ir a las Molucas por el oeste y no solo por el este como era la ruta normal.

PREPARATIVOS

En cuanto a las naves, digamos que para dormir solo tenían la cubierta al aire libre o bajo techo bajo los castillos de proa y popa. La bodega se dedicaba expresamente para la carga y solo el capitán contaba con una cámara.

Para alimentarse, llevaban bizcocho o pan recocado junto con legumbres y otros alimentos, además de seis vacas y tres cerdos vivos y mucho vino que era la bebida habitual de los marinos. La mayor parte de la carga era mercancía que debía servir para los intercambios comerciales y estaba formada de telas, anzuelos, peines, cascabeles, cuchillos, espejos y un sinfín de productos como azogue o mercurio, bermellón o plomo.

Además de los instrumentos normales como mapas, compases, cuadrantes, astrolabios, brújulas o relojes de arena, llevaban piezas de artillería, pólvora, armas, municiones, ollas, calderos, hornos, linternas, herramientas de todo tipo, un fragua, útiles de pesca, medicinas y ungüentos, etc., incluidos los ornamentos para celebrar misa. La Armada tuvo un coste de ocho millones trecientos treinta mil maravedís de los que fueron financiados por la Corona seis millones cuatrocientos cincuenta mil y el resto fue puesto por el burgalés Cristóbal de Haro.

Hubo que reclutar mucha gente, pero a muchos les parecía poco el sueldo y otros tenían recelos, porque Magallanes era portugués. Por eso se aceptó toda clase de extranjeros. Unos tres quintos del total eran españoles, unos 148; 28 portugueses, 27 italianos, 15 franceses, 8 griegos, flamencos 5, alemanes 3, un inglés y un malayo, esclavo de Magallanes y algunos otros. Entre ellos había lombarderos o artilleros, escribanos, carpinteros, despenseros, toneleros, herreros, armeros y calafates para calafatear el barco.

El rey, en la Instrucción que dio para cumplir, dice: *La principal cosa de que nos tendremos por muy deservidos e mandaremos castigar, es a los que hicieren delito e acometimiento con las mujeres de la tierra; e sobre todo en ninguna manera habéis de consentir que ninguna persona toque a mujer*¹.

¹ Mazón Serrano Tomás, *Elcano, viaje a la historia*, Ed. Encuentro, Madrid; 2020, p.43.

EL VIAJE

Antes de zarpar, Magallanes recibió el estandarte real de manos del alcalde corregidor de Sevilla, que representaba a su Majestad. Esta entrega se realizó en la iglesia de Santa María de la Victoria del barrio de Triana ante una inmensa multitud. Magallanes estableció que la Armada estaría siempre encabezada por la nao almirante Trinidad, cuya estela debían seguir las otras cuatro naves.

Antes de partir, todos los hombres de la expedición oyeron misa y comulgaron y se entonó la Salve Regina. Magallanes desde lo alto del castillo de popa, pronunció la frase ritual: *Larguen en el nombre de Dios*, y las cinco naves se pusieron en movimiento hacia Sanlúcar de Barrameda antes de entrar en el ancho mar. En la expedición viajaban dos sacerdotes: el padre Pedro de Valderrama y el padre Pedro Sánchez de la Reina.

El 10 de agosto de 1519 salió la expedición de Sevilla, del muelle de Las Muelas. En Sanlúcar de Barrameda estuvieron 41 días, terminando de pertrechar las naves. El 20 de septiembre largó velas con 244 hombres a bordo. En las islas Canarias tomaron otros tres hombres y el total de la tripulación fue de 247. En Tenerife estuvieron entre tres y seis días y cargaron la pez necesaria para calafatear el casco de las naves, además de leña y algunos víveres, saliendo el 3 de octubre en dirección a Cabo Verde.

Durante los siguientes días, la Armada navegó hacia el sur sin alejarse de la costa africana. Pero a la altura de Sierra Leona viró hacia el oeste y tomó rumbo a Brasil. Al ver esto, Juan de Cartagena, que era el segundo al mando, *en conjunta persona* con Magallanes, pidió explicaciones, ya que, según la Instrucción del rey, Magallanes debía dar a los capitanes de las naves el derrotero y todos pensaban que iban a seguir la ruta portuguesa a la India para llegar a las Molucas. De este modo la situación entre Magallanes y Juan de Cartagena y otros capitanes castellanos empeoró. Otro asunto que empeoró las cosas fue que el maestro de la nao Victoria, Antón Salomón, fue hallado teniendo relaciones homosexuales con un grumete y fue hecho preso y condenado a muerte, aunque se esperó a detenerse en tierra para ejecutar la sentencia. Magallanes quiso controlar la situación y llamó a Juan de Cartagena a su nao y lo tomó preso de pies en el cepo.

BRASIL Y ARGENTINA

A los días de calma sucedieron fuertes tormentas. Llegaron a la costa de Brasil a fines de noviembre, pero no se detuvieron hasta el 13 de diciembre que lo hicieron en una bahía que llamaron de Santa Lucía por ser ese el día de su fiesta. El 27 de diciembre partió hacia el sur y el 10 de enero entraron en el río de la Plata y se adentraron en él (pensando que podía ser el paso al océano Pacífico). Vieron una montaña que parecía un sombrero y le pusieron el nombre de Monte Vidi, de ahí el nombre de la capital de Uruguay: Montevideo. Descubrieron la costa en la que Pedro de Mendoza fundaría 17 años más tarde la ciudad de Nuestra Señora del Buen Ayre (Buenos Aires).

En la tierra de Verzin (Brasil) nos dice Pigafetta: *Hicimos gran acopio de gallinas, patatas, piñas muy dulces, carne de pato, caña de azúcar y otras infinitas cosas. Por un anzuelo de pesca o un cuchillo daban cinco o seis gallinas, por un peine un par de patos, por un espejo o unas tijeras tanto pescado como para diez hombres, y por un cencerro o una correa un saco de patatas... Estos hombres y mujeres andan desnudos, habitan en ciertas casas amplias llamadas bohíos y duermen en redes de algodón que llaman hamacas. En alguno de estos bohíos se junta hasta un centenar de hombres con sus mujeres e hijos. Utilizan estos pueblos la piedra como nosotros el hierro, que no conocen. En cada una de sus embarcaciones se meten 30 ó 40 hombres. Comen carne humana de sus enemigos, no por considerarla buena, sino por costumbre. Disponen de infinidad de papagayos y cambian ocho o diez por un espejo. Amasan un pan redondo blanco de médula de árbol de solo regular sabor. Tienen cerdos y grandes pájaros con el pico como un cucharón y sin lengua*².

Dos veces se celebró misa en aquellos lugares ante la que guardaban ellos tamaña contrición, de rodillas, alzando juntas las manos que era grandísimo placer verlos. Edificaron una casa para nosotros, pensando que deberíamos permanecer algún tiempo aún. Estos pueblos fácilmente se convertirían a la fe de Jesucristo. Trece días permanecimos en aquella tierra. Continuando nuestro camino, llegamos hasta el grado 34 encontrando allá junto a un río de agua dulce a unos hombres que se llaman caníbales y comen carne humana. Acercósenos a la nave capitana uno de estatura casi como de gigante. Tenía un vozarrón de toro. Después saltamos un centenar de hombres a tierra en busca de entendernos algo y trabar conversación. Pero huían con tan largos pasos que ni con todo nuestro correr podíamos alcanzarlos. Hay en este río siete islas. En la mayor de ellas encuéntranse piedras preciosas y se llama Cabo de Santa María.

² Pigafetta, pp. 58-61.

Continuando nuestro rumbo vinimos a dar con dos islas llenas de patos y lobos marinos. Verdaderamente el número de patos era muy grande. En una hora abarrotamos las cinco naves. Esos patos son negros, y tienen exacto el plumaje del cuerpo y de las alas; no pueden volar, y viven de la pesca. Tienen tal desarrollo, que no era menester desplumarlos, sino que los desollábamos. El pico es como de cuervo. En cuanto a los lobos marinos, los hay de diversos colores, gordos, como terneros y con la cabeza igual: orejas pequeñas y ralas, largos dientes, no tienen patas, sino unos pies que les arrancan del mismo tronco, parecidos a nuestras manos —con uñas pequeñas, y entre los dedos la misma suerte de membrana que las ocas—.

Arrancando de allí, alcanzamos hasta los 49 grados del Antártico. Echándose encima el frío, los barcos descubrieron un buen puerto para invernar. Permanecimos en él dos meses, sin ver a persona alguna. Un día, de pronto, descubrimos a un hombre de gigantesca estatura, el cual, desnudo sobre la ribera del puerto, bailaba, cantaba y vertía polvo sobre su cabeza. Mandó el capitán general a uno de los nuestros hacia él para que imitase tales acciones en signo de paz y lo condujera ante nuestro dicho jefe, sobre una islilla. Cuando se halló en su presencia, se maravilló mucho, y hacía gestos con un dedo hacia arriba, creyendo que bajábamos del cielo. Era tan alto él, que no le pasábamos de la cintura, y bien conforme: tenía las facciones grandes, pintadas de rojo, y alrededor de los ojos, de amarillo, con un corazón trazado en el centro de cada mejilla. Los pocos cabellos que tenía aparecían tintos en blanco; vestía piel de animal, cosida sutilmente en las juntas.

Calzaban sus pies abarcas de guanaco y empuñaba un arco corto y grueso con la cuerda más recia que las de un laúd —de tripa del mismo animal—, aparte un puñado de flechas de caña, más bien cortas y emplumadas como las nuestras. Por hierro tenía unas púas de yesca blanca y negra —como en las flechas turcas—, conseguidas afilando sobre otra piedra.

Hizo el capitán general que le dieran de comer y de beber, y, entre las demás cosas que le mostró, púsole, ante un espejo de acero grande. Cuando se miró allí, se asustó sobre manera y saltó atrás, derribando por el suelo a tres o cuatro de nuestros hombres. Luego le entregó campanillas, un espejo, un peine y algunos rosarios y enviolo a tierra en compañía de cuatro hombres armados. Un compañero suyo, que hasta aquel momento no había querido acercarse a la nao, cuando le vio volver en compañía de los nuestros, corrió a avisar a donde se encontraban los otros; y alineáronse, así, todos desnudos. Cuando llegaron los nuestros, empezaron a bailar y a cantar, siempre con un dedo en lo alto³.

³ Pigafetta, pp. 62-65.

El 7 de febrero salieron al Atlántico y continuaron rumbo al sur. El 31 de marzo de 1520 después de 58 días navegando desde que salieron del Río de La Plata llegaron a un puerto natural, que llamaron Puerto de San Julián y allí permanecieron 147 días, casi cinco meses. Al día siguiente de llegar hubo un motín contra Magallanes que no daba a sus oficiales la ruta a seguir. Parece que Magallanes quería ocultar sus intenciones de querer ir al Pacífico por un estrecho que buscaba (el llamado ahora estrecho de Magallanes). Lo cierto es que el desconcierto de los capitanes de los barcos los había llevado a amotinarse. Ese día 1 de abril de 1520 se celebró una misa solemne que sería la primera en la tierra que después se llamó Argentina.

Gaspar de Quesada no acudió a la misa y se ocupó de liberar a Juan de Cartagena de la prisión. Ambos acudieron por la noche a la nao San Antonio, acompañados de 30 personas armadas y apresaron al portugués Álvaro de Mezquita, que había sido nombrado por su primo Magallanes como capitán, en sustitución de Juan de Cartagena. Gaspar de Quesada zanjó las discusiones, apuñalando al maestro de la nave Juan de Lorriaga y tomó el control de la nave.

Magallanes mandó una barca a la nao Victoria con Luis de Mendoza y ciertos hombres que iban disimulando ir como hombres de paz, pero iban bien armados. Cuando estuvieron dentro de la nave, mataron a Luis de Mendoza, capitán de dicha nave. Magallanes ordenó descuartizar el cadáver de Luis de Mendoza como traidor a su causa y condenó a Gaspar de Quesada a ser decapitado y también descuartizado por el mismo motivo, y tomó preso de nuevo a Juan de Cartagena y al clérigo Pedro Sánchez que le había amenazado con el infierno. A pesar de haber sido unos 40 los amotinados (entre ellos Elcano), los perdonó y no los quiso ejecutar. De otro modo la expedición hubiera ido totalmente a pique sin gente valiosa para maniobrar las naves y con el temor de que al regresar le pudieran juzgar a él.

Hay que reconocer que no fue un motín de españoles contra Magallanes y los portugueses. Entre los amotinados hubo portugueses y muchos de sus fieles eran españoles. Magallanes era un tipo de carácter fuerte, con rasgos de soberbia y que actuó con el rigor de aquellos tiempos, pero a la vez demostró ser fiel al rey de España y a la fe católica, que quiso inculcarla en todos los lugares en que tuvo relación con la gente de los diversos países que visitó.

Mientras tanto en el tiempo de los cinco meses que estuvieron detenidos, consumieron casi todos los víveres y en esos lugares había poco que aprovechar, aparte de que era un lugar frío, deshabitado e inhóspito. Santiago fue enviada a explorar en solitario las costas hacia el sur: Magallanes seguía buscando el paso al Pacífico. Pero la nave Santiago se fue a pique mientras exploraba el estuario de

un río en un lugar que llamaron Puerto de Santa Cruz. Todos se salvaron a excepción de un esclavo negro, pero se perdieron parte de los enseres y víveres.

Dos de ellos consiguieron llegar hasta nosotros y nos dieron la noticia. El capitán general destacó a algunos hombres con sacos de galleta. Durante dos meses nos vimos forzados a proveerlos de víveres, pues cada día rescataban alguna cosa de la perdida nao. La distancia hasta allá era de 24 leguas, que son cien millas; la senda, áspera y maleza todo. Invertíamos cuatro jornadas en el viaje; dormíamos sobre matojos; no encontrábamos agua que beber, sino hielo y en suma, nos agotaba la fatiga. En nuestro puerto abundaban sobremanera unos moluscos alargados, que llamamos “mejillones”. Solían tener perlas, pero muy chicas, que nos estorbaban comerlos. Había también por allá incienso, avestruces, zorras; corrían conejos, menos grandes que los de Europa. En la cima del monte más alto, plantamos una cruz en demostración de que aquellas tierras eran del Rey de España y llamamos a aquél “Monte de Cristo”.

Partiendo de aquí, en los 51 grados menos un tercio del Antártico, dimos con otro río de agua dulce, al que las naves se acogieron de los vientos terribles; mas Dios y el Cuerpo Santo no nos regatearon ayuda. En este río anclamos cerca de dos meses para hacer provisión de agua, de leña y de peces —que eran largos como un brazo y más, con mucha escama y tan sabrosos cuanto escasos—. Y antes que navegáramos de nuevo, el capitán general y todos nosotros confesamos y comulgamos como verdaderos cristianos.

Después, a los 52 grados del mismo rumbo, el 12 de octubre encontramos en el día de las Once mil Vírgenes, un estrecho, cuyo cabo denominamos “Cabo de las Once mil Vírgenes”, por un milagro grandísimo. Ese estrecho tiene de largo 110 leguas, que son 440 millas y un ancho —más o menos— como de media legua y va a desembocar en otro mar, llamado Mar Pacífico, circundado de montañas altísimas con copetes de nieve. No había calado suficiente para pasar, salvo que se enfilase a unas 25 ó 30 brazas sólo, de tierra. Y si no fuese por el capitán general, nunca habríamos navegado aquel estrecho; porque pensábamos todos y decíamos, que todo se nos cerraba alrededor. Pero el capitán que sabía tener que seguir su derrota por un estrecho muy justo, según viera antes en un mapa hecho por aquel excelentísimo hombre Martín de Bohemia, insistió en buscar el Estrecho ⁴.

El 24 de agosto de 1520 habían abandonado el Puerto de San Julián, donde unos días antes Magallanes decidió desterrar a Juan de Cartagena y al clérigo Pedro Sánchez, de los que nunca se supo nada de ellos. Se detuvieron en

⁴ Pigafetta, pp. 70-71.

el Puerto de Santa Cruz, donde se había perdido la nave Santiago y aprovecharon la abundante pesca.

DESERTORES

Antes de conocer el Paso del Pacífico, la nao San Antonio desertó, considerando que la expedición no iba a tener buen fin. De hecho tomaron el camino de vuelta y pasaron por el Puerto de San Julián a ver si podían recoger a Juan de Cartagena y al clérigo Sánchez, pero no los vieron y siguieron su curso al norte. Al llegar a las islas Azores, compraron víveres por valor de 6.500 maravedís. Al llegar a Sevilla hubo un desconcierto. Tomaron declaración a uno por uno. Todos fueron puestos en libertad, aunque dejaron de pagarles su sueldo. Seis debieron aclarar su situación. El resultado de sus declaraciones fue que dejaron en claro los abusos de autoridad de Magallanes y hablaron de sus desproporcionados castigos en San Julián.

ESTRECHO DE MAGALLANES

Al encontrar el paso buscado al océano, según Pigafetta: *Todos juntos dimos gracias a Dios y a la Virgen María y proseguimos la ruta* ⁵. El 18 de noviembre, después de 28 días y casi 600 kilómetros desde el descubrimiento del estrecho, se lanzaron al mar del sur, como le llamó Vasco Núñez de Balboa o al que ellos llamaron Pacífico.

EL ESCORBUTO

El 13 de diciembre de 1520 se encontraban a la altura donde 32 años más tarde Pedro de Valdivia fundó la ciudad de Santa María la Blanca de Valdivia en Chile. Pero al mes de navegación, empezaron a producirse las primeras muertes por el escorbuto. Pigafetta refiere: *Estuvimos tres meses sin probar clase alguna de viandas frescas. Comíamos galleta: ni galleta ya, sino su polvo con los gusanos a puñados, porque lo mejor habíanselo comido ellos; olía endiabladamente a orines de rata. Y bebíamos agua amarillenta putrefacta ya de varios días, completando nuestra alimentación los cellos de cuero de buey que en la cofa del palo mayor protegían del roce a las jarcias; pieles más que endurecidas por el sol, la lluvia y el viento.*

⁵ Pigafetta, p. 72.

Poniéndolas al remojo del mar cuatro o cinco días y después un poco sobre las brasas, se comían no mal; mejor que el serrín que tampoco despreciábamos. Las ratas se vendían a medio ducado la pieza y más que hubieran aparecido. Pero por encima de todas las penalidades esta era la peor: que les crecían a algunos las encías sobre los dientes hasta que de ningún modo les era posible comer, que morían de esta enfermedad. Diecinueve hombres murieron más el gigante y otro indio de la tierra del Verzin. Otros 25 ó 30 enfermaron, quién en los brazos, quién en las piernas o en otra parte, así que sanos quedaban pocos. (Algunos se curaron, lavándose las encías con orines y agua de mar, lo cual fue especial remedio para aquel mal).

En estos tres meses y 20 días recorrimos cerca de 4.000 leguas del mar Pacífico en una sola ruta y no conocimos ni una borrasca sin ver tierra alguna, sino dos islotes deshabitados en los que nada se encontró fuera de pájaros y árboles. Las llamamos islas infortunadas. No había dónde fondear a su alrededor y sí muchos tiburones. Y, si Dios y su madre bendita no nos hubieran ayudado con tan buen tiempo, por seguro que habríamos perecido todos de hambre en aquel inmenso mar⁶.

ISLA DE GUAM

Por fin el 6 de marzo de 1521 encontraron una isla donde sí pudieron desembarcar, era la isla hoy conocida como Guam, que fue española hasta 1898. Ginés de Mafra nos dice: *Vimos muchas velas pequeñas que venían a nos y andaban tanto que parecía que volasen y tenían las velas de estera, hechas en triángulo y andaban por ambas partes que hacían de la popa proa y de la proa popa cuando querían y vinieron muchas veces a nosotros y nos buscaban para hurtarnos cuanto podían. Uno de los días, en un descuido, los naturales llegaron incluso a robar el batel de la Trinidad, que se encontraba amarrado a popa. Esto fue demasiado para la paciencia de Magallanes, quien irritado ordenó desembarcar en tierra a 40 hombres, que quemaron 40 ó 50 casas así como muchas de sus canoas y les mató siete hombres. De esta manera recuperó el esquife, pero no juzgó conveniente detenerse en la isla después de estos actos de hostilidad. A esta isla la llamaron isla de los ladrones⁷.*

⁶ Pigafetta, pp. 75-76.

⁷ Mazón Serrano, pp. 96-97, según relato de Ginés de Mafra.

FILIPINAS

Prosiguieron el viaje y alcanzaron la primera de las islas que años más tarde Ruy López de Villalobos bautizaría como Filipinas en honor de Felipe II y a las que Magallanes llamó islas de San Lázaro. En la isla de Homonhon desembarcaron e intercambiaron objetos. Pidieron comida y los de la isla les trajeron alimentos que fueron bien recibidos por todos. Allí estuvieron 9 días.

Dispararon la artillería y mucho se espantaron algunos. Después hizo que un hombre se armara de coraza completa y puso a tres a su alrededor que, con espadas y puñales, le daban por todo el cuerpo: ante cuyo ejemplo quedó el rey fuera de sí. Manifestó a través del esclavo, que uno de aquellos armados valía por cien de los suyos; se le respondió que así era y que en cada nave había doscientos que se armaban de tal forma. Presentóle petos, espadas y rodela, cuya utilidad iba demostrándole un hombre. Le condujo, en fin, sobre el puente de mando en la popa e hizo que le subieran su carta de navegar y la brújula, explicándole por el intérprete cómo encontró el estrecho para pasar hasta allí y cuántas lunas siguieron sin ver tierra. Maravillóse. Al despedirse, indicó que le gustaría recibir a su vez a dos hombres para enseñarles alguna de sus cosas. Respondió el capitán que de buen grado.

Tomamos asiento en la popa de él, siempre expresándonos por ademanes. Nos rodeaba toda la tribu en pie con espadas, dagas, lanzas y escudos. Ordenó traer un plato con carne de cerdo y una jarra grande llena de vino. Bebíamos una taza de vino a cada bocado; el que le sobraba al rey alguna vez —pocas— lo vertía en otra jarra de su solo uso. Su taza aparecía cubierta siempre y nadie bebía de ella salvo él y yo. A cada trago que se disponía el rey a echar, alzaba las manos juntas al cielo y hacia nosotros; luego, antes aún de beber, avanzaba el puño izquierdo hacia mí (que al principio creí que quería darme un puñetazo). Finalmente bebía y al tocarme mi turno, yo le imitaba. Ademanes a los que inmediatamente se entregaron también los otros. Con tanto ceremonial y variadísimas señales amistosas, dimos fin a la merienda.

Al momento de cenar. Trajeron dos platos grandes de porcelana, el uno lleno de arroz y el otro de carne de cerdo. Cenamos entre las mismas demostraciones gesticulantes; luego fuimos al palacio real, que adoptaba la forma de una pirámide de heno y estaba recubierto completamente con hojas de higuera y de palmas. Fue edificado sobre gruesas estacas que lo distanciaban de la tierra, así que había que subir unos peldaños para entrar. Hizo que nos sentásemos sobre una esterilla de mimbres, manteniendo cruzadas las piernas como los sastres. A la media hora, trajeron un plato de pescado asado con jengibre a pedacitos alrededor, y vino.

El hijo mayor del rey, que era el príncipe, apareció donde estábamos, el rey le dijo que se sentara junto a nosotros y lo hizo así. Sirvieron otros dos platos: uno de pescado en su salsa y el otro de arroz, sin más fin que el de que comiéramos también con el príncipe. Mi compañero, tras tanta comida y bebida, llegó a embriagarse. Alúmbranse con unas lámparas cuyo combustible es resina de árbol a la que llaman ánima, envuelta en hojas de palma y de higuera.

Diónos a entender el rey que quería marcharse a dormir; dejónos con el príncipe, en cuya compañía descansamos sobre las esteras de mimbre y cojines de hojarasca. Llegado el día, volvió el rey y me tomó de la mano de nuevo, fuimos así hasta donde habíamos cenado, para desayunar, pero ya una lancha acercábase por nosotros. Antes de partir, el rey nos besó con alegría la mano y ambos la suya; un su hermano nos acompañaba con tres hombres. Era rey de otra isla. El capitán general lo retuvo a almorzar a bordo, colmándole de obsequios ⁸.

En la isla de aquel rey encuéntrase pepitas de oro grandes como nueces y aun huevos, sólo con cribar la tierra. Todas las vasijas de ese rey son de oro e incluso alguna parte de su casa. Así nos lo refirió él mismo. Por su esmero en el vestir y cuidado, resultaba el más hermoso de los hombres que viésemos entre estos pueblos. Sus cabellos negrísimos le alcanzaban a media espalda, bajo turbante de seda: pendían de sus orejas dos aros inmensos de oro. Unos pantalones de paño, bombachos, enteramente recamados de seda, cubríanle de cintura a rodilla. Al costado, una daga con descomunal empuñadura —de oro también—, y su funda de madera tallada; en cada diente ostentaba, por fin, tres manchas de oro, que parecía que en él estuvieran engastadas. Olía a los perfumes de estoraque y de benjuí; era oliváceo bajo su mucha pintura. Su isla se llama Butuan y Calagan. Cuando estos reyes quieren encontrarse, reúnen los dos para cazar en la isla ante la que nos hallábamos. El primer rey se llama Colambu; el segundo, rajá Siain.

EVANGELIZACIÓN

El domingo, último día de marzo y Pascua, envió muy de mañana a tierra el capitán general al sacerdote, con alguna escolta, para que preparasen dónde decir misa y al intérprete para advertir que no íbamos a bajar para comer con ellos, sino para oírla. Aunque sin más, el rey enviónos dos cerdos muertos. Cuando llegó la hora de la ceremonia, desembarcamos alrededor de cincuenta hombres, sin las corazas pero armados y con la mejor ropa que pudimos. Antes

⁸ Pigafetta, pp. 86-87.

de llegar a la playa, disparáronse seis bombardazos en señal de fiesta. Cuando pisamos tierra firme, ambos reyes se abrazaron a nuestro capitán general, situándole después entre ellos y en tal orden acudieron al lugar consagrado, no muy lejos de la orilla. Antes que el sacrificio comenzase, el capitán roció todo el cuerpo de los reyes con agua perfumada. Ofrecimos las limosnas; acercáronse los reyes, como nosotros, a besar la Cruz, aunque sin ofertorio.

Al elevar el cuerpo de Nuestro Señor, permanecieron de rodillas y lo adoraban con las manos juntas. Las carabelas dispararon toda su artillería a un tiempo al alzarse el cuerpo de Cristo, dándole la señal de la tierra con arcabuzazos. Terminada la misa, algunos de los nuestros comulgaron. El capitán general ordenó empezar un baile con las espadas, en lo que tuvieron los reyes gran placer; hizo que trajesen más tarde un crucifijo con los clavos y la corona, al cual prestó reverencia al punto. Explicóles por el intérprete que no era otro el estandarte que le diera el emperador, su amo, para que, por doquiera que estuviese, dejase aquella señal suya y que él quería plantarla allí hasta en beneficio de ellos. Para que, si se aproximaran naves de las nuestras, supiesen por la cruz que nosotros habíamos estado allá antes y no causarían estrago ni en ellos ni en sus cosas. Que, si apresaban a alguno de los suyos, sólo con mostrarles aquella señal lo dejarían libre. Y que convenía, en resumen, plantar la cruz aquella sobre la cima del monte más alto que hubiera allí, para que al verla cada mañana, la adorasen; que era el modo de que ni truenos, ni rayos, ni tempestades, les perjudicaran en cosa alguna.

Se lo agradecieron mucho, asegurando que harían todo aquello de buen talante. Aún les instó a manifestar si eran moros o gentiles o en quién creyeran; y contestaron que no adoraban a nadie, reduciéndose a levantar las manos juntas y la cara, al cielo y que a su dios le llamaban “Abba”, cuyas manifestaciones llenaron al capitán de alegría. Viéndolo, el primer rey alzó al cielo las manos y dijo que desearía, si fuese posible, darle pruebas de su amor hacia él. Repuso el intérprete que por qué motivo disponían allá de tan pocos alimentos. Contestó que no habitaba en aquel lugar sino cuando venía de caza y para ver a su hermano; sino que moraba usualmente en otra isla con los suyos⁹.

Instósele a que, si tenía enemigos, declarásele, pues en tal contingencia, acercarían las naves a destruirlos y les obligarían a obedecerle. Lo agradeció, manifestando que tenía a dos islas enemigas, sí, pero que no era ocasión de atacarlas. El capitán dijo aún que, si Dios determinaba que en otro periplo arribase por estas tierras, conduciría a tantas gentes, que habría de dejárselas por completo sometidas (a Colambu). Que era ya hora de ir a almorzar y que volverían luego para que se pusiera la Cruz sobre el monte. Insistieron en que

⁹ Ib. pp. 88-89.

les placía. Tras hacer desfilar en parada al batallón y la descarga de sus mosquetes, abrazóse de nuevo el capitán con los dos reyes y tomamos licencia.

Tras el almuerzo, volvimos allá sin armas y, poco menos que presididos por los dos reyes, escalamos la cima más alta que hallarse pudo. Al pisarla, no olvidó el capitán general decirles lo bien empleados que daba sus sudores, derivado del afecto que les tenía; pues, teniendo allí la Cruz, sólo habrían ya de conocer ayudas. Y preguntóles qué puerto era mejor para avituallarse. Dijeron que había tres: Ceylon, Cebú y Calaghan; pero que Cebú era el más grande y de mejor tráfico. Y se ofrecieron a prestarnos pilotos para enseñar el rumbo.

El capitán general dio las gracias y decidió ir donde le dijeron, porque así lo marcaba su suerte. Ahincada la Cruz, rezamos cada uno un padrenuestro y un avemaría, adorándola; e igual los reyes. Bajamos después por sus campos sembrados, hasta donde el balangai. Ordenaron los reyes traer algunos cocos para refrescar nuestras gargantas. Pidióles, en fin, el capitán los ofrecidos pilotos, pues quería zarpar con la nueva aurora, que los trataría como a sí mismo y dejando, además, en hospedaje uno de los nuestros. La respuesta fue que, en cualquier momento que los deseara, estaba a sus órdenes. Mas, con la noche, el rey primero mudó de parecer. Estábamos ya de mañana prontos a partir, cuando le envió al capitán general el recado de que por amor suyo, aguardase dos días hasta que recogiese el arroz y las demás cosechas; rogándole le prestara también algunos hombres de ayuda, pues así despachaban más rápido y él mismo quería convertirse en nuestro piloto.

Mandóle algunos hombres el capitán, pero tanto comieron y bebieron los reyes, que el sueño los postró todo el día. Hubo quien, para excusarlos, dijo que se habían encontrado mal. Aquel primer día, los nuestros no hicieron nada; pero los dos siguientes sí trabajaron. Uno de aquellos indígenas trajo una escudilla con arroz, más ocho o diez higos —todo atado— y pretendía el trueque por un cuchillo de los que valen tres cuatrines, lo menos. Comprendiendo el capitán hasta qué punto le interesaba el cuchillo a aquél, le llamó para disuadirle. Echó mano a la bolsa y quiso darle por su arroz un real: negóse. Le mostró un ducado: tampoco. Al final, se avenía a darle un doblón de dos ducados. Nada le importaba, salvo un cuchillo y así, logró que se lo dieran. Habiendo desembarcado otro de los nuestros, por la provisión de agua, uno de la isla también quiso entregarle una corona de oro macizo, bujada, tremenda de tamaño, a cambiar por seis sartas con cuentas de vidrio; pero el capitán se opuso a la operación, para que prevaleciera su principio de que tasábamos en más nuestras baratijas que su oro ¹⁰.

¹⁰ Ib. pp. 90-91.

El sábado, por haber prometido el rey al capitán convertirse en cristiano el domingo, elevóse en la plaza, sacra ya, una tribuna con adornos de tapices y ramos de palma, donde bautizarlo y envióle a decir también que no se asustara en la aurora con los bombardazos, ya que era nuestra costumbre, en las fiestas sonadas, hacer sonar la pólvora en las piezas.

El domingo por la mañana y 14 de abril, bajamos a tierra cuarenta hombres, con dos de ellos en armadura completa y el estandarte real. Apenas nos encaminábamos, tronó toda la artillería. La población nos seguía de una a otra parte. Abrazáronse el rey y el capitán general. Díjole éste que la enseña real no se desembarcaba nunca sino con cincuenta hombres de la guisa en que andaban aquellos dos, más cincuenta escopeteros; pero, por su gran amor, había accedido a bajarla entonces. Tras de lo cual, alegres, se situaron frente a la tribuna. Sentáronse allí los dos sobre tronos de terciopelo rojos y morados, los jerarcas en cojines y otros sobre esteras.

El capitán indicó al rey por el intérprete, que debía dar gracias a Dios porque le inspirara para hacerse cristiano y que ahora vencería a sus enemigos con más facilidad que antes. Respondió que quería ser cristiano; pero que algunos de sus principales no querían, porque alegaban ser tan hombres como él. Con esto, nuestro capitán ordenó llamar a todos los gentiles hombres del rey, comunicándoles que, si no le obedecían como a tal, los mataría inmediatamente y entregaría sus bienes al monarca. Respondieron que obedecerían. Dijo al rey que, apenas llegase a España, había de regresar con tanto poder, que lo convertiría en el rey mayor de aquellas partes, puesto que fuera el primero en decidir hacerse cristiano. Levantó el otro las manos al cielo, en gracias, apremiándole a que se quedara allá alguno de nosotros, para mejor instruir a aquel pueblo en la fe. Respondió el capitán que, para contentarle, dejaría allí dos; sabrían informar a estos otros sobre las cosas de España.

En el medio de la plaza se colocó una gran cruz. Advirtió el capitán que si querían hacerse cristianos, como en jornadas anteriores manifestasen, era menester que quemaran todos sus ídolos, sustituyéndolos por una cruz y que, cada día, con las manos juntas, la adoraran; y cada mañana, sobre el rostro, hacer la señal de la cruz (enseñándoles cómo se hacía). Y a cualquier hora, por la mañana al menos, debían acercarse a esta cruz y adorarla de hinojos y que cuanto había dicho se esforzasen en confirmarlo con buenas obras. El rey y todos los suyos querían confirmar todo, en efecto. El capitán general explicó que se había vestido enteramente de blanco para demostrar su sincero amor hacia ellos. Respondieron que no sabían qué replicar a tan dulces palabras. Condujo el capitán al rey de la mano sobre la tribuna para que le bautizasen, diciéndole que se llamaría don Carlos, como el emperador su dueño; el príncipe, don Fernando, como el hermano del emperador; uno de los principales, Fernando

también, por nuestro principal —el capitán, mejor dicho—. Después, a quién un nombre, a quién otro.

Bautizáronse antes de la misa quinientos hombres. Oída la misa, el capitán convidó a yantar consigo al rey y a otros principales. No aceptaron. Acompañáronnos hasta el rompeolas, dispararon nuevamente todas las bombardas y abrazáronse los jefes como despedida ¹¹.

Después del almuerzo volvimos a tierra a desembarcar el cura y otros, para bautizar a la reina, la cual apareció con cuarenta damas. Condujámosla sobre la tribuna, haciéndola sentarse sobre un cojín y alrededor las demás, hasta que el sacerdote se revistió. Mostrámosle una imagen de Nuestra Señora, un precioso Niño Jesús de talla y un crucifijo, ante todo lo cual le vino gran contrición y pidió el bautismo con lágrimas. La llamamos Juana, como a la madre del emperador, a su hija, mujer del príncipe, Catalina; a la reina de Mazana, Isabel; y su nombre correspondiente a las demás.

Ochocientas almas se bautizaron, entre hombres, mujeres y niños. La reina era joven y hermosa, cubierta enteramente por un lienzo blanco y negro; llevaba rojísimas la boca y las uñas y un sombrero grande de hojas de palma —amplio, como quitasol—, con corona alrededor, según las tiaras papales, que a ninguna parte va sin ella. Nos pidió el Niño Jesús, para colocarlo en el puesto de sus ídolos y se marchó al atardecer. El rey, la reina y muchos otros bajaron a la playa, luego. Y el capitán entonces, hizo que se disparasen muchos morteretes y las bombardas mayores, lo que fue para todos diversión grande. El capitán y el rey se daban tratamiento de hermanos. Este último se llamaba rajá Humabón.

Antes de los ocho días quedaron bautizados todos los de aquella isla y algunos de las otras. Se puso fuego a un poblado, por negarse a obedecernos, al rey y a nosotros, en una isla vecina. Plantamos allá la cruz, porque esos pueblos eran gentiles.

A diario se trasladaba a tierra el capitán general, con objeto de oír misa y decía al rey muchas cosas concernientes a la fe. La reina, con mucha pompa, vino a oír misa en una ocasión también. Tres doncellas la precedían, portándole tres de sus sombreros en mano; iba ella vestida de blanco y negro, con un velo grande de seda a listas de oro, sobre el cabello, que se lo cubría enteramente, así como la espalda. Un buen grupo de mujeres la seguía. Hecha la reverencia ante el altar, la reina ocupó un cojín recamado de seda. Antes de comenzar el Santo Sacrificio, asperjóla el capitán, como a otras de sus damas también, con aguas de olor: nada las deleitaba de tal manera. Enterado el capitán de cuánto

¹¹ Ib. pp. 100-102.

placía a la reina el Niño Jesús, se lo regaló, indicándole que sustituyera con él a sus ídolos, porque era en memoria del hijo de Dios. Aceptó, agradeciéndolo mucho ¹².

Este Niño Jesús en talla de madera sigue siendo venerado en Filipinas, donde anualmente se celebra una misa en su honor, a la que acuden millones de personas. Se conoce como la celebración de Sinulog, del santo Niño de Cebú.

Después zarparon hacia la isla de Cebú. Su rey fue muy receptivo y propuso a Magallanes sellar la amistad con cierta ceremonia en la que cada uno se sacaba algo de sangre del brazo derecho y la compartían. En este clima de armonía hubo intercambios comerciales. Les dieron espejos, peines, campanillas, marfil, tela y otras cosas y ellos correspondieron con peces, vino de palma, higos y cocos.

En esos días Magallanes puso especial empeño en cristianizar aquellas gentes. Les habló de las ventajas que les supondría abandonar la idolatría y abrazar el cristianismo. Los naturales fueron muy receptivos y de hecho miles de ellos terminaron siendo bautizados voluntariamente ante un emocionado Magallanes que lloró conmovido.

Preguntó un día el capitán general al rey y a sus edecanes por qué razón no quemaban sus ídolos, según prometieran, habiéndose hecho cristianos y por qué se les sacrificaba aún tanta carne. Contestaron que no es que se contuviesen por ellos mismos, sino por un enfermo: por ver si los ídolos le volvían la salud. Pues eran cuatro días ya que no hablaba. Era hermano del príncipe y el más valiente y sabio de la isla. El capitán insistió en que se quemasen los ídolos y creyeran en Cristo: pues, si el enfermo se bautizaba, sanaría al punto y que, de no obedecer, les cortarían la cabeza.

Respondió entonces el rey que lo harían, pues creía en Cristo verdaderamente. Marchamos en procesión desde la plaza al hogar del enfermo, como mejor supimos y allí lo encontramos, que no podía ni moverse ni hablar. Bautizámosle, así como a sus dos esposas y a diez doncellas. Luego, el capitán le preguntó cómo se encontraba. Habló de repente y dijo que, por la gracia de Dios, bastante bien.

Ese fue un manifiestísimo milagro en nuestros tiempos. Oyéndole hablar, el capitán dio conmovidas gracias al Señor; dándole entonces una tisana que le había hecho preparar. Más tarde, envióle un colchón, un par de sábanas, una colcha de paño amarillo y una almohada y cada día, hasta que se repuso

¹² Ib. pp. 102-103.

completamente, le mandaba tisanas, aguas de rosas, aceite rosado y algunas conservas de azúcar. Antes de los cinco días hallábase en pie; se ocupó en que echaran al fuego, delante del rey y de la población reunida, un ídolo que habían mantenido oculto ciertas viejas en su casa y ordenó, por último, que se destruyesen muchos tabernáculos de junto al mar, donde se solía comer la carne consagrada. Ellos mismos, gritando: "¡Castilla!", "¡Castilla!" los echaban por tierra; afirmando que, si Dios les daba vida, habrían de quemar cuantos ídolos hallaran, mal que hubiesen de registrarlos por la casa del rey.

Los tales ídolos son de madera, huecos y sin tallar en el reverso; tienen abiertos los brazos, hacia dentro los pies, las piernas separadas y desmesurado el rostro. Este, con cuatro dientes enormes, como de jabalí y la estatuilla entera, pintarrajeada ¹³.

MUERTE DE MAGALLANES

Junto a la isla de Cebú y tan solo a tres millas de sus playas se alzaba la pequeña isla de Mactán, rodeada de peligrosos arrecifes. Su soberanía se la disputaban los reyes Zula de Cebú y Lapu. El primero era tranquilo, mientras que el segundo era sumamente violento. Ante las presiones de Magallanes de que debía abjurar de su religión musulmana y declararse súbdito del rey de España, Lapu respondió que por encima de él no había nadie y su único Dios era Alá. Magallanes se sintió tocado en su orgullo y quiso arreglar el asunto por la fuerza. Seguro de sí mismo y contradiciendo la orden del rey de exponer su vida, se puso al frente de sesenta soldados, mientras Lapu se acercaba con 1.500 indígenas y un diluvio de lanzas y flechas y piedras cayó sobre los expedicionarios. Los indígenas dirigían sus tiros a las piernas, al darse cuenta de que esa parte estaba indefensa de la armadura y de esta manera pusieron fuera de juego a los españoles que tuvieron que retroceder, mientras Magallanes, como hombre militar y valiente, se detenía con los últimos para rechazar a los enemigos hasta que cayó sin poderse levantar y fue acibillado con lanzas y flechas, dejándolo muerto. Los de los barcos no podían hacer nada, porque estaban lejos y no podían acercarse a la orilla. En estos lances murieron 8, incluido Magallanes, y 26 quedaron heridos. Era el 27 de abril de 1521.

¹³ Ib. pp. 104-105.

LA TRAICIÓN

Para sustituir a Magallanes eligieron a Duarte Barbosa, cuñado de Magallanes, y al veterano español Juan Rodríguez Serrano. Parece según algunos que el rey de Mactán le obligó al rey de Cebú a que expulsara a los castellanos antes de que se recompusieran de la derrota, amenazándole que, si no lo hacía, lo atacaría. En este caso el rey de Cebú, Humabón, estando entre dos fuegos y viendo que se iba a quedar sin la ayuda de los castellanos, urdió un plan para deshacerse de sus antiguos amigos y los invitó a una comida. Barbosa, que era ahora el capitán general, para no parecer cobardes, aceptó la invitación y sucedió que al final del banquete, cuando todos estaban más relajados, cientos de guerreros los pasaron a cuchillo. Mataron esa noche a 26 expedicionarios.

Según el informe de Ginés de Mafra, los de los barcos empezaron a disparar artillería contra el poblado. Los indios presentaron en la orilla al capitán Juan Rodríguez Serrano, herido y maniatado, pidiendo un rescate. Por dos veces se les pagó y no lo soltaron, porque pedían más. Por fin decidieron largar velas, dejando a Rodríguez Serrano a merced de los indios.

Los sobrevivientes estaban desconcertados. En cuatro días habían perdido 35 hombres, incluyendo a Enrique, el esclavo malayo y a Duarte Barbosa. Las naves no tenían suficientes víveres para una larga travesía. Estaban aún lejos de las islas Molucas, que era el punto final del viaje para regresar con los barcos cargados de especias. El nuevo capitán general era Lopes Carvalho, que solo disponía de 117 hombres en tres naves, un número insuficiente para gobernar las tres naves y decidieron quemar la Concepción, de modo que solo quedaron la Trinidad y la Victoria.

SECUESTRO

Navegando, dieron con la isla de Mindanao, desembarcaron junto a un río y tuvieron suerte de mantener buena relación con los nativos, aunque no fueron capaces de encontrar alimentos suficientes; porque no había. Solo les quedaban víveres para ocho días. El rey de Mindanao los dirigió a Brunéi (en la isla de Borneo en la actual Indonesia). Pero primero llegaron a la isla de Palawan y pudieron aprovisionarse bien de víveres, y fueron bien recibidos. Llegaron a Brunéi el 8 de junio de 1521. Brunéi era una gran población. Su rey y súbditos eran musulmanes. Fueron como embajadores a hablar con el rey Elcano y Gonzalo Gómez, acompañados de dos marineros griegos y también del niño de diez años, brasileño, hijo de Lopes Carvalho. Fueron llevados en dos elefantes, porque así acostumbraban a recibir a los mensajeros.

Pero fueron retenidos y tardaron más de 15 días en ser liberados Elcano y Gómez. Les dijeron que el hijo de Carvalho había muerto y que los dos marineros habían querido quedarse. Además, otros dos se quedaron contra su voluntad, pues la Armada zarpó mientras estaban en tierra.

De hecho, antes de zarpar, vieron venir una gran flota con tres grandes juncos y muchas otras naos. Se tomó la iniciativa de zarpar y abordar dos de los tres juncos sin encontrar resistencia. Después se enteraron que uno de los atrapados era hijo del rey de Luzón, que venía a casarse con la hija del rajá de Brunéi y que Carvalho lo había soltado, cuando había podido forzar la liberación de sus compañeros y no lo había hecho. Además había podido pedir un gran rescate y se supo que Carvalho había recibido oro y no había dado cuenta a nadie. De todos modos, como tenían a unos 30 de rehenes, decidieron marcharse y soltaron a todos menos a 16 hombres y a tres mujeres, pensando en llevarlos a España. Pero a las tres mujeres las llevó Carvalho a su camarote y esto también le cayó muy mal a toda la tripulación.

CAMBIO DE CAPITÁN GENERAL

Por todo esto, la tripulación en general quiso deponer a Carvalho como capitán general y eligieron como sustituto a Gonzalo Gómez de Espinosa, y a Juan Sebastián Elcano como capitán de la nao Victoria. Siguieron buscando las Molucas para cumplir su misión y comprar especias. Uno de los días apresaron varios juncos chinos que venían de China. Traían paños de algodón y seda, hachas, cuchillos y porcelanas. Siguieron hasta Mindanao, donde compraron 17 libras de canela. El 27 de octubre de 1521 sufrieron una enorme tempestad, pero después se les acercó un barco y entablaron combate. Mataron a 7 de los 18 tripulantes y murieron dos de los expedicionarios. En ese barco venían hombres destacados de la ciudad de Magindanau y uno de ellos dijo ser hermano del rey de Magindanau y les informó de cómo llegar a las Molucas. Siguieron sus indicaciones y llegaron a la isla de Sarangani. Allí apresaron dos pilotos para que les sirvieran de guías a las Molucas. El hermano del rey y otro piloto huyeron a nado y el otro piloto que quedó supo dar las indicaciones correctas. A los pocos días llegaron a su destino. El 7 de noviembre, el piloto identificó las islas que divisaban como las islas Molucas.

LAS MOLUCAS

En todos estos países de las Molucas, se halla clavo, jengibre, sagu (pan de la madera), arroz, cabras, gansos, gallinas, cocos, higos, almendras más gordas que las de Europa, manzanas dulces y ácidas, naranjas, limones, patatas, miel, caña de azúcar, aceite de coco y de ajonjolí, melones, sandías, calabazas, un fruto refrescante como las sandías... Y se encuentran papagayos de varias especies, entre ellas unos blancos a los que dicen catharas y otros rojos por completo. Uno de estos rojos cuestan un vahar de clavo y hablan con más exactitud que los demás. Hará 50 años que pueblan los Molucas los moros, antes vivían allá los gentiles que no apreciaban el clavo ¹⁴.

Dieron gracias a Dios y, como señal de alegría, dispararon la artillería. Así cumplían su segundo objetivo. Los paisajes de estas islas eran encantadores, pero el clima era duro por el mucho calor y humedad. Desembarcaron en la isla de Tidore y fueron bien recibidos, aunque ellos estaban recelosos por experiencia. A su rey le entregaron los hombres y mujeres que llevaban a bordo incluido el piloto. Solo se quedaron con dos hombres que quisieron llevar a Castilla. El rey de Tidore dijo que en Maquian y Motil había clavo y mandó que trajeran mucho a su isla para poder cargar las naos. Allí estuvieron más de un mes cargando mercancía de especias. También encontraron a un portugués, llamado Pedro Alfonso de Lorosa, que quiso ir con ellos en los barcos junto con su mujer y todos sus efectos. Él les informó que estaba al corriente de que el rey portugués había dispuesto dar caza a las cinco naves de Magallanes, enviando seis navíos a las Molucas para apresarlos. Por eso, se apresuraron a cargar cuanto antes y partir.

El rey de Tidore se sentía triste de su partida y les pidió que se quedaran un poco más. Se quedaron otros quince días y asistieron al matrimonio de una de sus hijas, participando en los festejos. Otros reyes de las islas cercanas también asistieron y tuvieron encuentros amistosos, salvo con el hijo del rey de Ternate.

El 16 de diciembre era tanto el clavo que tenía que no pudieron cargar con todo y decidieron construir un almacén para guardarlo y también guardar algunas cosas de los barcos, que ya no necesitaban. Allí se quedaron a cuidar el almacén cinco hombres. Antes de zarpar, recibieron de regalo del rey de Bachian, algunas aves del paraíso o manucodiatas, algunas de las cuales terminarían siendo entregadas por Elcano en la corte de Valladolid. El 18 de diciembre quisieron partir, pero tuvieron un imprevisto, la nave Trinidad estaba haciendo agua y los buzos que el rey les prestó, no pudieron hacer nada. Tornaron a descargar la nao y el rey mandó buscar nadadores de aquellas aguas, pero la quilla estaba

¹⁴ Pigafetta, p. 147

quebrada y nada pudieron hacer. Entonces, decidieron que la nao Victoria zarparía sola, quedando la Trinidad para ser reparada de modo que al menos una de ellas evitara el riesgo de caer en manos portuguesas. También se decidió que, una vez reparada, regresaría a España por la ruta de llegada, es decir, por el océano Pacífico.

ELCANO JEFE DE LA NAO VICTORIA

Ahora Elcano era el capitán general, pues era el maestre o gobernador del barco Victoria. Elcano, siguiendo el favor de los vientos de esa temporada, se dirigió a Timor con un piloto que les proporcionó el rey de Tidore. Y decidió ir a España por el océano Índico, bajando hacia el sur para evitar los vientos del monzón que les eran contrarios.

Elcano tomó el mando con todas sus consecuencias e hizo prevalecer su criterio frente a otros de sus hombres. El camino a tomar hacia el oeste desde Tidore era violar el Tratado de Tordesillas, atravesando el hemisferio portugués. Para no ser detectado, tuvo que alejarse de la costa para avituallarse de agua y alimentos, porque cerca podía correr más riesgo de encontrarse con una nao portuguesa. Se trataba del hecho de navegar medio mundo sin hacer escalas, pero así fue como Elcano afrontó su vuelta a casa. Su decisión fue convertir la expedición de Magallanes a la Especiería en una expedición de dar la primera vuelta al mundo. Esto lo confirma el mismo Elcano en su carta al rey nada más llegar a Sanlúcar.

Del barco Trinidad quedaron 54 en Tidore, esperando que arreglaran los desperfectos. Después de tres meses y medio largaron velas el 6 de abril de 1522 rumbo hacia el Darién, el único lugar de la costa americana del Pacífico que hasta entonces se había descubierto.

El 20 de abril se lanzaron definitivamente al Pacífico. Los primeros días tuvieron vientos favorables, pero después tuvieron vientos alisios contrarios. A fines de agosto alcanzaron la latitud de 42 grados después de haber recorrido 2.750 kilómetros y se desató una furiosa tempestad que hizo estragos en la nave y en la tripulación. Los daños fueron tales que fue necesario cortar los castillos de proa y popa, quedando todo a nivel de cubierta a la intemperie. Durante este tiempo de tempestad, que duró 12 días, les fue imposible preparar comida. Sin castillos de proa y popa, las condiciones de estar a la intemperie eran lamentables para todos, excepto para el capitán que tenía su propio camarote.

EL HAMBRE

De hecho, la gente comenzó a morir por falta de alimentos frescos. Entonces Gonzalo Gómez de Espinosa tomó la decisión de renunciar a seguir avanzando más y decidió regresar a Tidore, después de cinco meses infructuosos por el mar. A fines de octubre, después de casi siete meses, arribaron a la isla Halmahera, cercana a Tidore. Solo había 17 hombres a bordo y solo seis en condiciones de trabajar. Habían muerto 37. Pese a todo esto, habían recorrido y descubierto 14 islas principales del archipiélago de las Marianas.

Cuando echaron ancla y fueron a buscar víveres, no se los quisieron dar al verlos tan flacos y hambrientos. Felizmente Dios les envió un junco que les vendió alimentos y con aquel barquito mandaron pedir al capitán de los portugueses, Antonio de Brito, que estaba en Ternate que les ayudase. Brito envió tres barcos para buscarlos y los encontró en un estado lamentable. Joao de Barros, portugués, escribió: *Entraron en la nao y Duarte de Resende vio a la gente y le dio mucha lástima, porque la mayoría de ellos andaban derrengados, que no se podían mover, sino con ayuda, casi paralíticos y andaba la nao tan infestada de enfermedad que recelaban los nuestros entrar dentro como en cosa de peste*¹⁵.

Ginés de Mafra escribió: *Cuando los portugueses llegaron a la nao, ya en cubierta había algunos muertos y los vivos eran tales que no los podían echar fuera para sacarlos a la mar. Recibieron ayuda de los portugueses. Los llevaron a Ternate donde había 300 hombres portugueses construyendo una fortaleza. Al capitán de la Trinidad lo amenazaron de muerte. Tomaron la carga de especias que llevaban y los aparejos del barco y todo lo que encontraron útil para ellos. También habían tomado el almacén con sus suministros que habían dejado los de la expedición y a los que habían quedado a su cuidado los habían metido presos. A Alfonso de Lorosa, que había sobrevivido y que se había embarcado para ir a España con su mujer, le cortaron la cabeza. La nao Trinidad, estando ya casi descargada, recibió un golpe de mar y se fue a pique. Sus materiales fueron recuperados y reutilizados. Los 22 sobrevivientes fueron obligados a trabajar en la fortaleza que estaban construyendo y se fueron recuperando poco a poco. A excepción de dos, los demás fueron llevados a las islas Banda al sur de las Molucas. Allí permanecieron otros cuatro meses y después los llevaron a Malaca, donde fueron separados, corriendo diferente suerte. Unos fueron enviados a la India y de los que quedaron en Malaca, uno fue esclavizado y puesto al servicio de la hermana de Jorge de Albuquerque, que era la máxima autoridad en aquel lugar. Casi todos murieron y solo algunos pudieron regresar a la patria, entre ellos Juan Rodríguez “El sordo”.*

¹⁵ Mazón, p. 171.

El que había sido capitán de la Trinidad, escribió al emperador Carlos V una carta en 1525 en la que le decía: *Somos peor tratados que si estuviésemos en Berbería con los moros* ¹⁶.

Hubo tres que estaban en Cochín: Espinosa, Ginés de Mafra y Hans Vargue, que después de dos años en la India, el gobernador Meneses los envió a Lisboa, donde quedaron presos. Hans falleció en la prisión. Los otros dos fueron liberados después de siete meses por las gestiones del rey español. El balance final de los tripulantes que se quedaron en la nao Trinidad fue que solo cuatro llegaron libres a España después de dos años. Algunos quedaron en tierras de Asia y allí murieron sin volver a España. Como dice Mazón Serrano: *Los marinos de la nao Trinidad no solo hicieron bien su trabajo y tomaron las decisiones correctas, sino que el sufrimiento por el que tuvieron que pasar y la incertidumbre y la desesperanza a las que tuvieron que sobreponerse, les convierten en auténticos héroes que merecen nuestro recuerdo* ¹⁷.

ATRAVESANDO EL ÍNDICO

En cuanto a la nao Victoria que surcaba el océano Índico con Elcano a la cabeza, llevaba, al empezar el viaje desde Tidore, 47 tripulantes y 13 indígenas de las Molucas. La nave estaba en mal estado debido a la broma (un parásito de la madera) y él escribió al rey cuando llegó: *Determinamos morir con grande honra a servicio de tu alta Majestad por hacerla sabedora del dicho descubrimiento y con una sola nao partir, estando tal de bromas (parásitos) como Dios quería* ¹⁸. La navegación por el Índico supuso adentrarse en un mar inmenso y desconocido y lejos de tierra sin conocer qué vientos ni qué costas encontraría a lo largo del camino, con todos los riesgos y padecimientos que ello implicaba. Además, tenía que hacerlo en solitario sin el consuelo de navegar acompañado de otra nao amiga ante la posibilidad de un naufragio o una avería grave en alta mar.

Cuando les venía encima una tormenta, se encomendaban a Dios y a la Virgen. Su anhelo de protección al sentirse tan desamparados en medio del mar, les hacía recurrir con fervor a la ayuda divina. El 7 de febrero de 1522, cuando salieron de Timor ya la nao estaba mal y había que sacar el agua con la bomba doce veces de día y doce veces de noche. Estaba maltrecha y hacía agua de modo alarmante. Esto nos lleva pensar en el esfuerzo extenuante que debieron hacer

¹⁶ Mazón, p. 176.

¹⁷ Mazón, p. 183.

¹⁸ Mazón, p. 185.

para achicar el agua a todas horas. Elcano no exageraba al decir en carta al rey que habían determinado morir y con una sola nao partir. Las posibilidades de éxito eran realmente bajas. Conforme ganaban latitudes sur, el clima y el mar se hacían cada vez más hostiles y de hecho las corrientes y los vientos nos les iban a ser favorables en casi ningún momento del Índico.

Estando ya en medio del Índico, divisaron una isla y no pudieron desembarcar por no tener fondeadero apropiado y debieron continuar el viaje. Era la isla llamada *Ámsterdam*, isla volcánica, rodeada de acantilados, muy inhóspita y azotada por fuertes vientos y aún hoy deshabitada. La navegación se fue haciendo difícil con vientos contrarios. Después tuvieron cinco días que luchar contra el fuerte oleaje. Por fin, el 21 de abril 1522 el viento comenzó a virar y les permitió avanzar. Pronto comenzaron a sufrir las tempestades del ya muy temido cabo de las tormentas o de Buena Esperanza. El viento era tan fuerte que partió el mástil y la verga del trinquete. Pensaron en echar por la borda la valiosa carga de clavo que transportaban con el fin de ganar seguridad, pero finalmente decidieron no hacerlo.

Los días 17, 18 y 19 de mayo de 1522 frente al cabo de Buena Esperanza, lucharon ferozmente contra los elementos sin avanzar nada. Se jugaban el todo por el todo. Pigafetta escribió: *Hallándose la mayor parte de la tripulación inclinada más al honor que a la vida misma, determinamos hacer cuantos esfuerzos nos fuera posible para regresar a España* ¹⁹. El 19 de mayo por fin, consiguieron navegar en el océano Atlántico. Los vientos les fueron propicios y avanzaron a buen ritmo gracias a la conocida corriente de Benguela. En dos días, 25 y 26 de mayo, avanzaron unos 560 kilómetros. Sin embargo, la dureza de la navegación y la escasez de alimentos empezó a causar fatales consecuencias. La comida debía limitarse a poco más de arroz hervido en agua de mar. De no hacer algo, morirían todos pronto.

CABO VERDE

Desde el 14 de junio al 1 de julio se dedicaron a recorrer las costas africanas para encontrar un lugar donde hacer aguada y tomar alimentos. Al llegar a las costas de Guinea, ya habían completado la primera vuelta al mundo, ya que al salir habían puesto rumbo a Brasil desde esas mismas costas. Al llegar a las islas de Cabo Verde, querían continuar por el riesgo de ser apresados por los portugueses, que dominaban esas islas. Parte de la tripulación bajó a tierra diciendo que venían de América y no del cabo de Buena Esperanza. Al principio, los portugueses no recelaron y los atendieron de buena fe con muchos alimentos;

¹⁹ Mazón, p. 193.

pero el 14 de julio el batel que había bajado para seguir comprando no volvía y esperaron hasta el otro día. El grave error fue sacar tres quintales de clavo para comprar a cambio víveres y algunos esclavos que los aliviaran en la gran tarea de achicar el agua. No tenían otro modo de comprar cosas, pues no tenían dinero ni nada a cambio. Esto dio lugar a que los portugueses sospecharan que venían de las Molucas y quisieron apoderarse del barco y de toda su mercancía.

Al darse cuenta que habían apresado a los 13 hombres que habían bajado a tierra, tuvieron que hacerse a la mar los 22 que quedaban entre dolientes y sanos. Era el 15 de julio de 1522. Por fin, con la gracia de Dios llegaron a Sanlúcar de Barrameda el 6 de septiembre de 1522. Elcano escribió de inmediato al rey que quedaban 13 hombres presos en las islas de Cabo Verde. Por mediación del rey fueron puestos en libertad y llegaron a España nueve de los apresados y los que quedaban lo hicieron cinco meses y veintidós días después. De Tidore habían salido 47 en la nao Victoria, 16 murieron en el camino y llegaron a Sanlúcar de Barrameda 21 hombres, 18 tripulantes y 3 indígenas. Esteban Villón había muerto antes de llegar. Los 13 de Cabo Verde llegaron más tarde. Esto, sin contar los 60 de la nao San Antonio que había desertado antes de pasar al océano Pacífico. Otros cinco, incluidos Espinosa y Ginés de Mafra de la nao Trinidad, pudieron regresar a España después de muchos sufrimientos. Algunos se quedaron en aquellas tierras lejanas voluntariamente o no, pero no se sabe quiénes ni cuántos. En total de los 247 salidos en la expedición, se sabe que regresaron a España unos 98.

LA LLEGADA

La llegada a España de los 18 héroes flacos y demacrados fue el 6 de septiembre de 1522. Como tenían el mástil y la verga del trinquete visiblemente dañados, tuvieron que quedarse en Sanlúcar de Barrameda dos días hasta que el 8 de septiembre la nao Victoria fue remolcada a remos hasta Sevilla, al puerto de las Muelas. En Sevilla pidieron cirios y de uno en uno fueron en procesión, descalzos, para dar gracias a la Virgen hasta el cercano monasterio de Nuestra Señora de la Victoria en el barrio de Triana.

Esos hombres de profundas convicciones religiosas tenían muy claro con quién estaban en deuda por haber sobrevivido. El espíritu religioso de Elcano se nota entre otras cosas en que cuando hizo su testamento en medio del mar en la expedición de Magines, dejó 24 ducados al monasterio de Santa Verónica, conocido hoy como monasterio de la Santa Faz de Alicante.

En la nao Victoria trajeron un preciado cargamento de 27 toneladas de clavo, una gran fortuna en aquella época, pero como le decía Elcano en carta al

rey: *Aquello que más debemos estimar y tener es que hemos descubierto y dado la vuelta a toda la redondez del mundo* ²⁰.

El rey le contestó de inmediato en la siguiente carta:

Valladolid 13 de septiembre de 1522

El Rey.

Capitán Juan Sebastián de Elcano: vi vuestra letra que me escribisteis desde Sanlúcar, en que me hacéis saber vuestra llegada en salvamento, con la nao nombrada Victoria, una de las cinco naves que fueron al descubrimiento de la especiería, y le doy por ello infinitas gracias. Y porque yo me quiero informar de vos muy particularmente del viaje que habéis hecho y de lo que en él sucedió.

Os mando que, luego que esta veáis, toméis dos personas de las que han venido con vos; las más cuerdas y de mejor razón; y os partáis y vengáis con ellos donde yo estuviere. Con este correo, escribo también a los oficiales de la Casa de Contratación de las Indias, para que os vistan y provean de todo lo necesario a vos y a las dichas dos personas.

Y cuando vinierais, traeréis con vos todas las escrituras y relaciones de autos que en el dicho viaje habéis hecho... De los trece hombres que os fueron tomados en las Islas de Cabo Verde, yo he mandado proveer para su liberación lo que conviene.

En Valladolid 13 de septiembre de 1522 años.

Yo, el Rey. Por mandato Francisco de los Cobos.

Elcano fue a Valladolid a ver al rey con los tres indígenas sobrevivientes y dos hombres de su tripulación. El rey, después de oír el relato de sus aventuras en los casi tres años de viaje, le concedió a Elcano una renta vitalicia de 500 ducados anuales y un escudo de armas con la inscripción *Primus circumdedisti me* (el primero que me circundaste). A los oficiales griegos que lo acompañaron, Francisco Albo y Miguel de Rodas, les concedió 50.000 maravedíes anuales y sendos escudos de armas. También a Hernando de Bustamante le concedió otro escudo de armas y lo mismo al escribano Martín Méndez. La venta del clavo que llevaron tenía un valor de ocho millones 680 mil maravedíes frente a los ocho millones 334 mil que fue el coste de las compras de la expedición.

²⁰ Mazón, p. 211.

Elcano tenía una atracción irresistible hacia el mar y se anotó en la expedición de Loaysa, muriendo en plena travesía el 4 de agosto de 1526, siendo sepultado en la inmensidad del océano, dejando un ejemplo digno de imitar para las generaciones futuras. En esta misma expedición de Loaysa iba Andrés de Urdaneta, que era un jovencito. Tuvo la suerte de conocer y vivir al lado de Elcano hasta su muerte en ese mismo viaje. Con el tiempo llegó a ser el más grande cosmógrafo y marino de su tiempo, descubridor del modo de realizar el tornaviaje entre Filipinas y Nueva España.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído los relatos de los sobrevivientes y la realización de la gran hazaña de dar la vuelta al mundo, podemos concluir que, a pesar de la pérdida de muchos tripulantes por asesinatos o enfermedades, lo que queda como válido para las generaciones futuras fue la fortaleza y valentía de la mayoría de los tripulantes, que sufrieron tantas penalidades por tratar de conseguir la meta de llegar a las Molucas por el oeste, por el estrecho llamado de Magallanes.

También debemos anotar que la nave Victoria, llegaba cargada de especias, que tenían valor de más de ocho millones de maravedíes, algo más de lo que costó en principio la expedición con la compra de todos los implementos necesarios para realizarla.

Por otra parte, hicieron descubrimientos de islas, tierras y países desconocidos para así poder enriquecer los conocimientos marítimos de la época. Tampoco debemos pasar de largo que algunos sobrevivientes sintieron el deseo de seguir descubriendo nuevas tierras. Elcano se anotó en la expedición de Loaysa, aunque a medio camino se enfermó y murió, dejando a la posteridad un legado de valentía. Andrés de Urdaneta (1508-1568), que se embarcó en la expedición de Loaysa, siendo religioso agustino, llegó a ser el más grande cosmógrafo y marino de su tiempo, descubridor del modo de realizar el tornaviaje entre Filipinas y Nueva España. De hecho muchos quisieron seguir el ejemplo de esos héroes embarcándose en sucesivas expediciones para la conquista y evangelización de los países de América española, de Filipinas y de otras islas del Pacífico como Guam y las Marianas.

En realidad, podemos decir que España tuvo una serie de héroes que conquistaron y civilizaron y evangelizaron muchos países, especialmente en América y Filipinas. Recordemos que una de las ideas predominantes en Magallanes y en todos los conquistadores españoles fue la evangelización, de modo que todos los pueblos pudieran ser cristianos para gloria de Dios y

SEGUNDA PARTE UN HERÓE MEDIOHOMBRE

INTRODUCCIÓN

La vida de Blas de Lezo, almirante de la escuadra española y gran héroe de la defensa heroica de Cartagena de Indias en 1741, es admirable. Él, siendo tuerto, sin una pierna y manco, pudo con su inteligencia disponer la defensa de modo que ante un ejército invasor inmensamente superior, pudo defender la ciudad y detener la invasión que hubiera llevado consigo que los ingleses tomaran bajo su poder, no solo Colombia, sino también el Perú y los países del sur del continente americano. De hecho, intentaron en 1806 y 1807 la conquista de Argentina y durante casi dos meses se apoderaron de Buenos Aires. Y lo mismo hicieron con La Habana en 1768 y Portobelo en 1739. Los barcos piratas ingleses, franceses y holandeses asolaban los puertos poco defendidos y robaban lo que podían. Especialmente trataban de asaltar a los barcos que volvían de América con caudales para el rey español o con productos codiciados en Europa.

Blas de Lezo fue un marino que, a pesar de sus limitaciones, supo tener a raya a muchos de estos piratas e incluso luchó contra fuerzas inglesas superiores. De hecho nunca fue vencido.

Y más allá de sus virtudes como hombre y como marino, fue un líder militar extraordinario, del que se sienten orgullosos los españoles que conocen su historia. Ojalá que haya muchos que sigan sus huellas, no solo como militar, sino también como creyente.

ALGUNOS DATOS DE SU VIDA

Blas de Lezo y Olavarrieta nació en Pasajes (Guipúzcoa) el 3 de febrero de 1689. Desde su niñez fue aficionado a las cosas del mar. En tiempo de la guerra de Sucesión, después de que Carlos II muriera sin sucesión, los seguidores de Felipe V se unieron a los franceses, mientras que Inglaterra y Holanda optaron por el pretendiente de la Casa de Austria. En 1704, cuando Blas tenía 15 años, ya estaba combatiendo en un barco francés, apoyando al futuro Felipe V. La mayor batalla naval sucedió el 24 de agosto de 1704 y en esta batalla de Vélez-Málaga, Blas perdió su pierna izquierda, quedando cojo y con una pata de palo por el resto de su vida.

En otra oportunidad, en 1707, con sus 18 años estaba defendiendo el puerto francés de Tolon y una esquirla se alojó en su ojo izquierdo, perdiendo

para siempre la vista del mismo. Posteriormente participó en el asedio a Barcelona, que era partidaria del pretendiente de la Casa de Austria, y recibió un balazo de mosquete en el antebrazo derecho, quedando la mano sin apenas poder moverla. De modo que, con solo 25 años, estaba ya tuerto, manco y cojo. De ahí que le llamaran muchos *Pata Palo* y otros *medio-hombre*.

A pesar de estar tan limitado, no se deprimió hasta el punto de retirarse de la Armada, sino que siguió adelante, luchando hasta el final. El 16 de febrero de 1723, con 34 años, fue ascendido a General de la Armada. El 5 de mayo de 1725 se casó con doña Josefa Pacheco de Bustos, con la que tuvo siete hijos. Él tenía 36 años y ella 16.

Al ser nombrado Almirante de América del Sur, con tres barcos se dedicó a patrullar el Pacífico y pudo así demostrar su valor, pues en ningún momento fue derrotado y salvó algunos convoyes españoles que iban a ser saqueados por piratas holandeses o ingleses. El 18 de agosto de 1730 fue nombrado jefe de la Escuadra del Mediterráneo.

En 1732, con 27 barcos y 30.000 hombres, consiguió la conquista de la plaza de Orán. El 6 de junio de 1734 fue ascendido a teniente general. El rey lo nombró jefe de la flota del Pacífico y partió de Cádiz para asentarse en Cartagena de Indias a donde llegó el 11 de marzo de 1737.

DEFENSA DE CARTAGENA DE INDIAS

Cartagena de Indias era una ciudad hermosa de 20.000 habitantes, la más grande y fuerte de la América meridional y era una pieza clave para la salida del Virreinato del Perú al Caribe y como nexo con el Virreinato de Nueva España, Cuba y Florida. Cartagena era la capital del Virreinato de Santa Fe, Nueva Granada, hoy Colombia.

Los ingleses ambicionaban tener libre comercio con las posesiones españolas americanas y, antes de declarar la guerra, atacaron La Guaira en Venezuela, La Habana en Cuba y capturaron Portobelo en Panamá, todo ello en 1739. Pero el objetivo principal era conquistar Cartagena de Indias para abrirse paso hasta Perú y así adueñarse de media América Latina y después llegar hasta donde fuera posible.

El ataque inglés comenzó el 13 de marzo y concluyó el 20 de mayo de 1741. Los ingleses tenían en total 180 barcos, incluidos algunos transportes, y con 25.000 soldados, más 4.000 granjeros norteamericanos reclutados como soldados. Por su parte Lezo solo tenía disponibles 6 buques de guerra con un

total de 3.000 soldados. El mando supremo de la defensa de Cartagena correspondía al Virrey Sebastián de Eslava, que desde el primer momento quiso hacer las cosas a su manera y desoyó constantemente las sugerencias de Lezo para defender la ciudad. Eslava se sentía muy seguro, pero cuando los ingleses fueron avanzando y la conquista de la ciudad parecía inminente, entonces recapacitó y oyó los consejos de Lezo y se pudo salvar la ciudad.

En cierto momento parecía todo perdido y solo un milagro podía salvar la ciudad. Si esto no ocurría, se fraccionaría el imperio español en América y, de Cartagena, los ingleses pasarían fácilmente al Perú.

Al atardecer del 18 de abril, con la aterrorizada población cartagenera recluida entre los muros de la catedral, iluminada únicamente por los débiles pábilos de los cirios y unos pocos candiles, después de haber procedido al rezo del enésimo rosario en medio del ruido ensordecedor producido por los cañonazos ingleses y con la bóveda de la capilla principal agrietada por el efecto de los proyectiles, el arzobispo Paulladas se preparaba para celebrar una misa en la que pensaba invocar la intercesión del beato Telmo para que Dios tuviera a bien liberar a la ciudad de tanto sufrimiento, cuando un proyectil lanzado desde la Popa golpeó directamente la bóveda, haciéndola temblar durante unos segundos antes de desplomarse sobre el altar en el que oficiaba el sacerdote, que quedó sepultado por un amasijo de piedras y arena. Cuando los fieles corrieron al altar y empezaron a retirar los pesados escombros de lo que un día había sido la orgullosa cúpula de la catedral, descubrieron el cuerpo sin vida del arzobispo, cuyas manos permanecían asidas fuertemente al crucifijo que acostumbraba a llevar colgado del pecho.

Lo que pareció el prelude del ataque final sobre San Felipe se produjo poco después del mediodía del 19. Como si todos los demonios del mundo se hubieran puesto de acuerdo para conspirar en contra de los exhaustos defensores españoles, a esa hora comenzó un feroz ataque artillero al que, además de los obuses disparados desde la Popa, se sumaron una serie de baterías que los ingleses habían desembarcado en la isla de Manzanillo y que vomitaron su pólvora sobre el baluarte español desde tres o cuatro puntos distintos, disimulados tras las lomas del mar del sur y del oeste de San Felipe. Adelantándose al ataque tantas veces imaginado, Lezo había ordenado reforzar las defensas con sacos de tierra, por tratarse de un material que soportaba mejor y menos peligrosamente las balas de los cañones enemigos, lección que tan dolorosamente había aprendido en la almenas del castillo de Santa Catalina en Tolón.

El ataque se prolongó durante horas, hasta que poco antes de la anochecida, los españoles contemplaron a los ingleses en la distancia calar las

bayonetas de sus fusiles, lo que tuvo el efecto de hacer palidecer a los últimos defensores de la plaza, entre quienes circulaba el pesimismo propio de la situación, recargado por las palabras de un joven oficial que susurró entre sollozos un comentario devastador para la decaída moral de los combatientes: “Mi mujer será viuda esta noche y aún no lo sabe”²¹.

Cuando ya Cartagena parecía perdida, el almirante inglés Vernon se sintió orgulloso de su éxito y cantó victoria antes de tiempo y dio orden al capitán de la fragata John Laws, comandante de la corbeta *Spence*, de marchar a Jamaica a todo trapo a dar noticia de la caída de Cartagena, poniendo particular empeño en que la bandera de Lezo llegara cuanto antes a manos de Jorge II de Inglaterra. Desde Jamaica, la noticia de la victoria de Vernon no tardó en llegar a Londres donde todo fueron fiestas y celebraciones. La bolsa multiplicó sus índices y se dispararon salvas de fuegos artificiales y las campanas de Westminster no dejaron de replicar dando la noticia a toda Inglaterra. Pocos días después, comenzaron a circular medallas conmemorativas de la hazaña, representando a Lezo arrodillado frente a Vernon, haciéndole entrega de su sable con una frase de ocho palabras escritas como texto perimetral que pregonaba la satisfacción del rey de Inglaterra y sus súbditos (The proud of Spain humbled by adm Vernon. El orgullo español humillado por el almirante Vernon). *Spence* llegó a toda prisa a Londres también para entregar una carta personal de Vernon a su esposa, que quería que fuera la primera en saber de su victoria. La carta decía así:

Querida Mary.

Después de que Dios Todopoderoso ha querido complacerme con la gloria de una nueva victoria militar, y esperando que siga derramando Su Gracia sobre este humilde súbdito suyo, te participo que al fin hoy hemos conseguido doblar la resistencia de los españoles en los accesos a la impenetrable ciudad de Cartagena. Deberías haberlos visto tratando de hundir sus barcos y cómo los míos reaccionaron a tiempo de salvarlos de forma que su gallardete insignia ha permanecido sobre mi mesa a lo largo de toda esta gloriosa e inolvidable jornada. Ahora cuento los minutos para que amanezca y lanzar sobre ellos el ataque final, pero antes despacharé una corbeta a Jamaica para que lleve al rey la enseña conquistada a los españoles y a ti estas letras cargadas del amor que siempre te he profesado y que quiero hacer patente más que nunca en esta vigilia de la victoria. Sólo pido a Dios que tenga a bien seguir conservando intacta mi salud y mis fuerzas para encarar la jornada suprema, el día en que los orgullosos españoles se arrepientan de cuantas afrentas y robos nos han infringido durante tantos años²².

²¹ Mollá Luis, *El almirante*, Ed. Almuzara, 2019, pp. 326-327.

²² Mollá Luis, o.c, p. 300.

LA VICTORIA

En esos momentos supremos en que se respiraba la derrota, Lezo se dirigió a sus hombres en el fuerte de Manzanillo, arengándoles a no desfallecer, y los soldados se animaron a morir antes que rendirse.

Lezo había hecho excavar trincheras en la ladera sureste donde se asentaba el castillo. Era una larga y zigzagueante trinchera en forma de zeta que descendía por la ladera y permitía cubrir varios flancos. De este modo, las escalas que llevaron los ingleses para asaltar el castillo no tenían altura, pues los fosos eran de más de dos metros de profundidad. También Lezo decidió luchar con los ingleses fuera del castillo. Otra idea importante fue despachar dos soldados españoles actuando como desertores con la misión de desviar el grueso del ejército inglés hacia la cortina oriental del fuerte bajo engaño de que por allí la escalada de la muralla sería más fácil.

Y su plan comenzó a dar frutos. La batalla del cerro de San Lázaro, donde estaba el castillo de San Felipe de Barajas, y su victoria consiguiente solo puede explicarse como una acción valerosa de los defensores. Lezo había guardado como soldados de reserva a 300 soldados de los antiguos tercios españoles de Europa, soldados con experiencia militar, y los lanzó al combate cuando los ingleses ya estaban ante los muros del castillo, pero cuyas escalas no tenían la altura correspondiente por los fosos excavados. Y al retirarse, salieron los soldados de reserva persiguiendo a los ingleses, que no esperaban ningún ataque de los defensores y así huyeron, dejando las escalas, fusiles y pertrechos. Ese día murieron 3.500 ingleses ante el avance de 500 españoles.

El final fue que Vernon, el Almirante inglés, decidió la retirada, dada la gran pérdida de combatientes y, sobre todo, también el paludismo y la fiebre amarilla que mató en pocos días miles de ingleses. Según algunos historiadores hasta 9.000 durante los dos meses de asedio. Algo que debemos anotar es que, así como hubo desavenencias entre Lezo y el virrey Eslava, también entre los ingleses hubo grandes problemas entre el Almirante Vernon y el general del ejército de tierra Wenrworth, lo que también fue un factor para su derrota.

John Pembroke, un inglés que estuvo presente en el asedio, refiere: *Mediante una justa contabilidad perdimos 18.000 hombres. El almirante Lezo, con su excelente dirección y fuego, causó baja a 9.000 de nuestros hombres y las fiebres generalizadas mataron a un número similar. Cuando di mi último vistazo al puerto de Cartagena, su superficie era gris con los cuerpos en descomposición de nuestros hombres, que murieron tan rápidamente que no podíamos*

enterrarlos. Los pobres y débiles granjeros de nuestras colonias norteamericanas murieron cuatro de cada cinco ²³.

En total los ingleses dejaron 47 barcos y unos 20.00 hombres. Los defensores perdieron 800 soldados y tenían 1.200 heridos. Perdieron los seis barcos de guerra y algunos barcos menores y también les destruyeron algunos fuertes, a excepción del castillo de San Felipe de Barajas. La ciudad y los fuertes habían recibido en total 28.000 cañonazos y 8.000 bombas. Pero no olvidemos que también a los defensores, después de la salida de los ingleses, les afectó la epidemia y murieron muchos, pero ya no había guerra.

CONSECUENCIAS

Finalizada la batalla de Cartagena el que peor salió fue Lezo, a pesar de ser el verdadero héroe de que cerca de 500 millones de personas del sur y centro del continente americano hablen hoy la lengua española en lugar de la inglesa. Fue con mucho el que salió peor parado. Más allá de su delicado estado de salud y sus taras físicas, el almirante vasco se mantuvo firme en su puesto durante los días que duró la batalla y después sacó fuerzas para escribir su Diario con su versión de la batalla.

Con esta victoria, España pudo mantener los territorios americanos y una red de instalaciones militares en el Caribe y el golfo de México. Sin embargo, el virrey Eslava quiso apropiarse de todo el éxito y escribió al rey sobre sus desavenencias con Lezo, pidiendo castigo para él. Lezo por su parte escribió un *Diario* para el rey sobre el desarrollo de los acontecimientos y tuvo que hacerlo en secreto, pues el virrey quería obstaculizar cualquier comunicación con el rey. Por lo demás, Lezo ya había terminado su carrera y según las fuentes murió el 7 de septiembre de ese mismo año 1741 de fiebres, no se sabe si por la epidemia o por las heridas recibidas en combate.

Al morir Lezo, fue fácil a Eslava fabricar el mito de su propia heroicidad. Y lo ascendieron a capitán general de los reales ejércitos. Posteriormente el rey Carlos III reconoció la figura de Lezo, lo rehabilitó y concedió en 1762 a título póstumo el marquesado de Ovieco para sus descendientes. La Armada española ha reconocido su valor y algunos de sus barcos han llevado su nombre. Además, en algunos lugares hay estatuas de su figura, especialmente en la misma Cartagena de Indias donde se puede leer al pie de la estatua: *Aquí España derrotó*

²³ Pembroke J., *True account of admiral Vernon's conduit of Cartagena, 1741*, en Michener J.A. (1990) *Caribbean*, Fawcett; citado por José Antonio Crespo Francés, *Blas de Lezo y la defensa heroica de Cartagena de Indias*, Ed. Actas, Madrid, quinta edición, 2019, p. 169.

a Inglaterra y sus colonias. Con solo 3.000 hombres y su ingenio, Lezo derrotó una Armada de 25.000 hombres, más 4.000 hombres traídos de Virginia por el medio hermano de George Washington.

Ojalá que en el futuro todos podamos vivir en paz sin pensar en victorias ni derrotas y no guiados por el afán de dominio o del dinero, sino de la fraternidad y la paz con Dios y con los demás.

*El final está más cerca de lo que parece,
nunca es más negra la noche que cuando amanece.
Generalmente, el luchador, que se ha retirado,
lamenta aquel triunfo que pudo haber alcanzado.
Por ello, cuando más adversa sea tu suerte,
cuando la vida misma te golpee más fuerte,
cuando todo parezca resultar imposible,
es entonces cuando menos te debes rendir.
Lucha hasta el final de tus fuerzas
y Dios premiará tu esfuerzo
y se sentirá orgulloso de ti;
pues, aunque hayas fracasado en el empeño,
para Dios has sido un triunfador.*